

debía entristecer. Porque así como el bien pasado no tuvo firmeza así el mal presente se puede mudar. E con estas, é con semejantes palabras consolándole, é guardándole la honra que debía como á Rey lo llevo preso á la su villa de Vaena.»

El Sr. Lafuente Alcántara, en su *Historia de Granada*, copia también este pasaje de Pulgar, pero truncándolo y omitiendo su última parte, con lo que deja de consignar, por seguir al Abad de Rute, lo que dice Pulgar de la estancia de Boabdil en Baena.

En el capítulo XXIII de su citada *Crónica* añade Pulgar lo siguiente:

«Estando el Rey en la cibdad de Córdoba, vinieron á él mensajeros de la madre de Muley Bahabdelí, Rey de Granada, que estaba preso en poder del Conde de Cabra, é de parte de otros Caballeros é cabeceras del Reyno de Granada, que estaban á su obediencia, á le suplicar que le ploguiese ponerle en libertad. El Rey oída aquella suplicacion, embió mandar al Conde de Cabra que traxese al Rey de Granada é gelo entregase. El Conde obedesciendo el mandamiento del Rey partió luego de la su villa de Vaena é vino para la cibdad de Córdoba y traxo al Rey de Granada preso y entregolo al Rey.»

El sapientísimo D. Antonio de Nebrija, cronista de los Reyes D. Fernando y D.^a Isabel, testigo presencial de los sucesos, irrefutable por la veracidad y conciencia con que escribió la historia de aquel reinado glorioso, cuyos días vió transcurrir, dice en el libro II, folio 60; después de hacer la descripción de la batalla de Lucena:

«Rex ipse captus, Alatar et duces alii hostium caesi atque ita victores nostri eo ex conflictu redierunt in morem triumphí cum captivis et praeda, quam et hostibus averterant quae in manubias redacta in commilitónibus distributa est. Rex ipse captivus extra sortem Comiti donatus, apud quem honorifice atque pro dignitate regia tractatus est.»

Lo que traducido libremente al castellano viene á decir:

«Preso el mismo Rey, muertos Aliatar y los otros jefes de los enemigos, y de este modo triunfantes los cristianos en la lucha, volvieron, según costumbre de los vencedores, con los cautivos y la presa que habían arrebatado á los enemigos, la cual fué distribuída entre las tropas que habían tomado parte en la batalla. *El Rey cautivo fué dado al Conde, sin entrar en suerte*, el cual trató al regio prisionero con el honor que era debido á su alta dignidad.»

Más adelante, en el mismo libro, folio 63, hablando de las activas gestiones que entabló la madre de Boabdil para conseguir la libertad de éste, dice el insigne Nebrija:

«Rex audita legationis summa, dat litteras ad Aegabrensem Comitem utque ducat, aut mittat ad se Maurorum Regem petit. At ille non gravate jussis Regis obsecutus Regem captivum deducit. Laudatur Comes, atque honorifice ab Hispanorum Rege accipitur gratiasque illi agit, quod tam impigre illius voluntati obtemperarit, Regem captivum Martino Alarconi, Porcunati arcis praefecto tradit.»

Párrafos que dicen, libremente traducidos:

«Oída por el Rey la Embajada, expide cartas al Conde de Cabra pidiéndole que traiga ó envíe á su presencia al

Rey de los Moros, y el Conde, de muy buen grado, obedeciendo las órdenes de su Monarca, condujo por sí mismo al Rey cautivo. Fué el Conde honoríficamente recibido y alabado por el Rey de los españoles, dándole gracias por haber obedecido sus mandatos con tanta diligencia; entregando al Rey cautivo á Martín de Alarcón, Alcaide de Porcuna.»

No hay un solo escritor antiguo que niegue ni ponga en duda testimonios tan elocuentes de autoridades tan irrecusables, ni nadie ha dejado de dar crédito á la tradición baenense, que el Abad de Rute tuvo á bien declarar falsa, sin tener en cuenta que tras ella están Nebrija, Pulgar, Garibay y otros ciento que la fortalecen con sus declaraciones de testigos presenciales y de historiadores, cuya veracidad no es dado poner en duda. Si en los sucesos de nuestra *leyenda* hubo algo de cierto, pudiera ser que el Abad de Rute, celoso por la honra de su casa y por el buen nombre de una dama de su familia, intentara destruir el fundamento de aquélla, arrancándolo de raíz, ó sea principiando por negar que Boabdil estuviera nunca en Baena; recurso disculpable que no carece de precedentes en la Historia.

(9) Toda la canción que ponemos en boca de Boabdil está tomada del poema *Granada* de D. José Zorrilla. Al coincidir en este único punto, los sucesos de nuestra modesta *leyenda*, con los de aquel admirable libro de nuestro gran poeta, no hemos vacilado en tomar de él ese fragmento, porque ni habíamos de acertar á componer nada

que le imitara, ni es más que un detalle para la esencia de nuestra composición ajena en su asunto á la inmortal obra de Zorrilla. Por otra parte nos lo agradecerán nuestros lectores y honramos sobremanera las páginas de nuestro libro.

(10) La leyenda de Boabdil que publicamos está fundada en la Historia, en la tradición y también en la fantasía popular y en la imaginación de los escritores que han tratado del asunto. Nosotros hemos formado nuestra composición con los datos que en aquellos hemos encontrado, sin añadir nada por nuestra cuenta, y para dar á cada cual lo que es suyo, añadiremos á los que más arriba dejamos apuntados los siguientes:

D. José Zorrilla, en su ya citado poema *Granada*, acepta como ciertos los amores de Boabdil con una cristiana durante la prisión de aquél en Baena, según se desprende de la siguiente estrofa:

«Venid á mis conjuros, yo os evoco,
sombas enamoradas de Baena;
almas á quienes dió por su amor loco
lecho la eternidad, la vida pena;
tú, hermosa, á cuyo amor faltó bien poco
para abrazar traidor la fe agarena,
y tú, africano rey, cuya alma insana
vendió su corazón á una cristiana!»

El docto académico D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, gran investigador de monumentos, historias y curiosidades andaluzas, visitó á Baena, hace ya muchos años,

encontrando, en sus Archivos y piedras, noticias de interés para la historia, que tiene publicadas en libros, revistas y periódicos.

A su laboriosidad se debe un curioso y antiguo documento, hallado por él, no sabemos dónde, y publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1852, página 121 y que copiamos á continuación:

«Cuando el Conde D. Diego de Córdoba, Señor de Cabra é Baena, prendió en batalla junto al arroyo de Martin Gonzalez á Mahomad Baudilin el Chiquito, vigésimo Rey moro de Granada, é le truxo á esta su villa, como saliera á la cava á les rescibir la Condesa D.^a Maria con todos sus hijos é hijas é servidores et escuderos, é viese el Rey Chiquito á la hija mayor de la Condesa, fembra de muy grand fermosura, é muy granada é cumplida, fincó mas pobre é lacerado, preso en los amores de la doncella, que lo fuera con los hierros é desdichas de la captividad. E como le tomase gran tristura é pena luego que fué puesto á recaudo en esta torre del Homenaje, el Conde D. Diego le facia muy grand cortesía é placer por le consolar é animar en su desventura, diciendole que las malas suertes é las buenas eran como las pluvias de verano, que tan pronto venian como se iban, ó como yerbecicas de los oteros, antes secas que nascidas; é de esta guisa le daba muy grand consolacion con falagueras razones: é por face-lle toda honra é merced le llevaba á la cámara de la Condesa D.^a Maria, que era muy gran señora é muy entendida. Acontesció una noche que como Baudilin se veyese en su cuadra é contemplase quan aviesa le iba la fortuna, é

recordase en su reino desamparado, é á los sus parciales muy apretados é perdidos, comenzó de sospirar tan tiernamente que daba muy grand compasion á los que le oian. E como quier que non podiese dormir, é la noche fuese muy clara con la luna que parecia en el cielo, é le viniesen á las mientes las visiones de aquel amor que otrosí le tenia mucho acoitado, forzaba por se asomar á las lumbresas é ventanas de la torre por se consolar con las de aquella donde se aposentaba la doncella. E como Gallegos se oviese imaginado que el cativo se iba á fuyir, preguntole que facia, é dixole que parase mientes que mas forzado era hi por su palabra que por los cerrojos é candados, é que non complia á los varones fuertes la furia del basilyseo cuanto la prudencia é el sufrimiento, ca fuera mejor caballero quien sopo sufrir. Baudilin le replico que non era de sesudos nin de cuerdos hombres afrentar al caballero que non se podia valer por su mal andanza, et dijole que un Rey non facia nunca desaguisado por ende perdiere su honra. E como Gallegos acatase las razones del Rey Chiquito, y le apretase á que le descubriese sus penas, prometiendole servir en todo, el Rey se las descubrió; é Gallegos fizo en adelante porque el Rey Chiquito fablase con D.^a Francisca la hija del Conde que era muy fermosa, é muy buena, otrosí é mucho honrada: et estaba á esta sazón el Conde en Córdoba. E acontescia que la doncella é Baudilin comenzaban de gestionar en las vistas, et en burlas, la doncella porque el Rey Chiquito se convirtiese á nuestra sancta fee catholica, et el Rey porque D.^a Francisca se tornase mora, prometiendola facer Reina del Alhambra, Xenealarife, é el

Xaragüi, é los floridos Alixares: é les placia fablar é volver á ello, é tanto que las burlas se tornaron veras é quedo tan cativa la señora como el Rey desleal, é falso, é mozo mal aconsejado: ca el amor no es en poder del hombre. D.^a Francisca pugnando con su passion é con la ofensa que facia á Dios, se quiso confiar de la su hermana Doña Brianda, que despues casó con D. Diego Ramirez de Guzman, é fue Condesa de Teua: é tanto se comprimió el corazon de D.^a Francisca con los consejos é advertimientos de la su hermana mas pequeña, é con que D.^a Brianda lo oviese contado todo á D.^a Marina, vuestra madre, que cayendo en el lecho asaz doliente, llegara á punto de morir de muy apretada malatia, si D.^a Brianda no le dixesse que aquel non era fecho de cristiana y honrada, é que lo descubriria todo á la Condesa D.^a Maria si no posiese remedio. E como ya fuese muy andada la luna, é los campos se avian cobierto de verduras é de flores, et el vientecico traia sus olores muy dulces, D.^a Francisca dábase prisa á convalescer y á se alegrar en las huertas é alcarias que se parescen por bajo de Luque, é en las fuentecicas que hi corren de muy claras é frescas aguas, entre los almendros é olivos é jarales. E como quien que non le podiese parar la memoria de los sus amores é otrosi le oviessen venido nuevas de que el jueves en aquel día llevarian á Córdova á Baudilin, é que non le volveria á ver por aventura, llamó una siesta á Gallegos é le encomendó que le sacasse la semblanza de Baudilin con el mesmo vestido é ropas que tenia en la batalla en que fue cativado, ca Gallegos era muy diestro en el arte de la imaginaria: é Galle-

gos se lo ofrescio mucho honradamente, é fue á Baena é ge lo demandó del Rey Chiquito é plógole grandemente á Baudilin, mas non se pudo facer la semblanza, ca fue llevado el Rey á Córdova, é dende allí á Porcuna fasta que se acordaron los pactos. D.^a Francisca non quiso tornar á Baena, é pasaba los dias en aquellas huertas é alcarias asaz melancólica, fasta que una alborada vido que los ginetes de Luque corrian por los campos et el castillo facia la salva, é que llegaron mandaderos á la Condesa á facerle saber como el Rey de Granada le queria besar las manos antes de seguir la via que para su reino facia, ca se fallaba libre é desembarazado de su captividad por largueza de los Señores Reyes Catholicos D. Hernando é D.^a Isabel. La Condesa le fizo muy grand cortesia é mucha honra, et el Rey le fizo presente de muy ricos paños, et de alambar et algalia é de otras buenas especias et de muy buenos olores, et de sendos briales de muy grand obra para las fijas de la Condesa: é otrosi para D.^a Francisca una tabla con un sancto rostro de nuestro Redemptor Jesu Christo, é lo cobrian cendales y brocado: et el Rey Chiquito dixole á D.^a Francisca que aquel don non era de moro, antes de cristiano caballero, et que esto ficiera por mas le servir et le mostrar lo que sabia facer. D.^a Francisca gelo agradesció como podedes entender que podialo agradescer; é fincó que le arrancaban el alma; segund era el dolor que sintió con la venida de Baudilin, et las nuevas de su partida, ca mas le pluguiera tenerlo preso en la torre: et estuvo á punto de caer sin sentido. Luego que partió el Rey é se perdieron los zagueros por las sierras

de Luque, Gallegos asaz recatadamente dixó á D.^a Francisca que levantase los paños que cobrian el sancto rostro; é la doncella fincó espantada con la semejanza de la pintura, ca en el respaldo del sancto rostro avia trasladado maese Antonio en Córdoba la semblanza de Baudilin, con los arreos que dixiera la doncella. E desde aquel dia la doncella comenzó de adolescer muy mal, é todo su cuerpo fue cobierto de llagas que gafedad parescian, con muy grand dolor é queja: é como quier que entendiese que non podia escapar de la muerte fizo llamar á D.^a Marina de Velasco, vuessa madre, para que fablase con un fraile de la orden de Sant Agustín, que era muy grand siervo de Dios: et el fraile dixo que la enfermedad de D.^a Francisca era por pecado que ficiera: et D.^a Francisca lloró muy fieramente é pidió al Conde é la Condesa la metiesen monja en Sancto Domingo, é antes fizo que Gallegos pintase una argolla al cuello de Baudilin, ca el Conde D. Diego le habia vencido en batalla, é la christiana doncella habia vencido los encantamientos que ficieran en la semblanza del Rey Chiquito: y non la fizo quemar, ca la semblanza habia tomado iglesia en el sancto rostro del Redemptor del mundo. E dió otrosi la tabla á vuestra madre para que la guardase: é pidió al Conde que echase á Gallegos de la tierra é que non volviese mas. Et el mismo dia que professó la doncella fue sana, ca trocara la muerte é la mentira por la vida é la bienaventuranza.»

Hasta aquí el curioso papel: luego añade el Sr. Guerra y Orbe, que gracias al celo del Sr. D. Francisco Fernández de Córdoba, más generalmente conocido por el *Abad de*

Rute, se conservó el retrato de Boabdil, que en la actualidad posee el citado erudito académico, quien describe la pintura en estos términos:

«La tabla de diez y siete pulgadas de alto por doce y tres líneas de ancho presenta la singularidad de no haberse pintado inmediatamente sobre ella, sino sobre un pergamino que le está fuertemente asido. Este recibió una preparación de yeso y exceptuando el sitio que debían ocupar el rostro y cabellera, fué toda la extensión del cuadro dorada y bruñida antes que el pincel fijara los colores y el punzón labrase la corona, las ropas y la cadena. Por la pintura, se ve que era moreno el rostro de Boabdil, verdes los ojos, el mirar dulce y melancólico, sonrosados suavemente los labios, castaños y finos sobremanera el cabello y la barba. Esmeraldas y rubíes engarzan la corona que asienta sobre un bonetillo de tisú verde. La jaqueta mitad es de un color, mitad de otro; verde recamada de lises de oro, carmesí recamada de rosas del mismo metal; tiene tomado el escote con un vivo de terciopelo y por el lado derecho bajan botones de azabache. Déjase ver la camisa bordada y respunteada de encarnado. La cadena es de bronce. El fondo del cuadro muy oscuro, tachonado de oro.»

No sabemos si la D.^a Francisca empezaría su vida monástica en el convento de la Madre de Dios de Baena, donde murió, en cuyo caso sería bastante entrada en años cuando se decidió á profesar, toda vez que el dicho convento no se fundó hasta el año de 1510.

Sus cenizas reposan en el coro, al pie del sillón presidencial, donde hay una losa con esta inscripción:

«Aquí yacen las Escmas señoras duquesas de Baena, D.^a Francisca Fernandez de Córdoba, la marquesa de Ardales Sor Ana de Jesus Maria y D.^a Ana de Toledo su hija y Sor Ana de la Cruz, hija de los marqueses de Priego, y Sor Maria de Santo Domingo y Sor Catalina de Jesucristo: año de 1634.»

En la crónica del convento consta que por los años de 1780, las novicias abrieron de noche este sepulcro para ver lo que en él había, y hallaron, puestas con mucho orden, unas urnas de plata donde están encerradas las cenizas de dichas religiosas.

- (11) Y hasta que bajó á la huesa,
no se borró en su memoria
el recuerdo de Baena.

Este suceso glorioso para las armas cristianas ocurrió el año de 1300.

D. Modesto Lafuente, en su *Historia General de España*, dice hablando del reinado de Fernando IV:

«Abreviemos los enojosos sucesos de este reinado de discordias y de intrigas. Aprovechándose de ellas como buen político el Rey Mahomad II de Granada, no sólo había mantenido con esplendor su pequeño Reino, sino que había llevado sus huestes hasta las puertas de Jaén, *incendiando el arrabal de Baena* y apoderándose de la fortaleza de Bezmar, hasta que fué llevado en 1302 del reinado de esta vida al eterno descanso.»

Esteban de Garibay, en la *Crónica General de España*, refiere así el hecho:

«Durante las guerras de estos años, el Rey Mahomad cercó á Alcaudete, pueblo de la Orden de Calatrava, cuyos caballeros y gentes que dentro se hallaban, no siendo partes para defender, la tomó dentro de pocos días, y con esta victoria, cercando á Baena, donde estaban Alonso Pérez de Sahavedra, que tenía el alcázar, y Fernando Alonso de Córdoba, hijo de D. Alonso Fernández, y Payo Arias, y Juan Martinez de Argote y otros caballeros cordobeses, entró en el pueblo hasta ganar la mitad, de donde estos caballeros, que de los vecinos del pueblo fueron valientemente ayudados, echaron á los moros, por lo cual el Rey Mahomad dió vuelta á Granada.»

Para ilustrar hecho tan importante para la historia de Baena, hemos de hacer algunas aclaraciones relacionadas con el teatro donde ocurrió el suceso.

Se asentaba en aquel tiempo la villa en la cumbre y faldas del cerro donde aún vemos su castillo, y estaba rodeada de dos órdenes de murallas; la interior cercaba la parte principal llamada Almedina, que en árabe quiere decir la ciudad por excelencia, y en ella se encontraba el castillo, la iglesia mayor, las casas de cabildo y todas las solariegas pertenecientes á la nobleza; la segunda, de la cual apenas quedan indicios de que haya existido, rodeaba todo el resto de la población.

Fácil cosa es todavía el señalar los límites de la muralla interior, pues á pesar de las injurias del tiempo y del abandono con que ha sido mirada, permanece en muchos puntos derecha, flanqueada de sus torres, algunas tan notables como la del Sol y la de Clavijo, y conservándose en

mediano estado dos arcos morunos, que fueron puertas por donde comunicaba la ciudad con los barrios exteriores; mas, como es posible que muy pronto desaparezcan por completo unos y otras sin dejar rastro de su existencia, señalaremos en esta nota su situación por si tuviera la suerte de servir de algo á las gentes venideras.

El cerro sobre que estaba construída la villa forma un cono casi regular, de gran altura, con rápidas pendientes, que hacen difícilísima la subida, excepto por la parte N., donde un declive más suave ofrecía, en aquellos tiempos, más probabilidades de éxito, en caso de un ataque, si llegaba á ganarse la primera muralla.

No desconocieron los árabes esta circunstancia y levantaron, durante su dominación, el castillo al extremo superior de aquel declive, dominándolo por completo, como parte más débil por naturaleza á que era preciso ayudar con obras de arte.

De la puerta más antigua y principal de la fortaleza, que mira al N., arranca el muro que circuye la Almedina, dirigiéndose por la Tela al SO. y abriéndose en él, primero, el arco llamado de la Villa, hoy destruído, y algo más adelante el de Santa Bárbara; ambos eran de moderna construcción y sus puertas de escasa importancia y resistencia. Desde este último arco, seguía la muralla entre la plazuela de Marín Alba ó Clavijo y el antiguo barrio de San Juan, recurvando al E., dejando fuera el de la Zapatería, donde aún se ve el antiguo arco llamado Obscuro, y más adelante el de Consolación, que fueron antiguas puertas, fuertes y dispuestas sus entradas en ángulo recto para facilitar su

defensa. Ambos son morunos y, sin duda, de los más antiguos que quedan de aquella época. Sigue luego la muralla por el lado E., donde se encuentra la torre del Sol, ya citada, y dejando dentro el Hospital de Santa Marina, se inclina al N. para cerrar su recinto en la entrada del castillo, donde había también una puerta moderna que llevaba el nombre del Hospital y cuyo arco se conserva derecho.

Más difícil nos será señalar el lugar preciso que ocupó la muralla exterior, pues ésta ha desaparecido por completo sin dejar más que algunos ligeros indicios de su existencia.

Principiemos por la parte en que se conserva un resto de ella: la torre que ocupa la ermita de la Virgen de los Remedios. Arranca el muro de esta torre pasando por delante de la iglesia del Salvador, antigua parroquia, perdiéndose inmediatamente; pero es indudable que seguía la margen derecha del Marbella, pues no hace muchos años se conocían algunos restos de su construcción frente al sitio que ocupó la iglesia de la Magdalena, también parroquia, y otros más abajo; hasta que aparece, en mejor estado de conservación, cercana al molino llamado de la Puerta. Este nombre nos dice que allí debió existir una de aquellas para el servicio del molino y el abastecimiento de agua del río á los vecinos. Desde esa puerta seguía la muralla la dirección del río, que le servía de foso, dejando dentro del recinto la antigua parroquia de San Pedro, ya destruída, y el convento de San Francisco, tomando entonces la dirección Norte por la margen izquierda del barranco de la puente de Perales, en cuyo punto se abría otra puerta llamada de Córdoba, nombre que conserva la calle que á ella condu-

cía. Continuaba luego la muralla en la misma dirección y siempre al abrigo del barranco citado, hasta que replegándose bruscamente, buscando el terreno más alto del cerro por la llamada Velilla Alta, esquinas del Colegio del Espíritu Santo, calles de la *Muralla*, y Galana, entrando por el alto Barrizal y bajando por la calle de Francisco de Dios, donde quedan hoy sus cimientos, iba á cerrar en la ermita donde hemos tomado el punto de partida, unida ya con el Marbella. Otra puerta debió existir en la Calzada, y de las más importantes, pues el nombre de la actual calle indica que por ella pasaba entonces un camino firme.

El celo religioso de nuestros abuelos hizo desaparecer de las calles los nombres árabes, que sólo algunas conservan, como la *Tela* y el *Albaicín*, y esa circunstancia nos priva de la luz que los tales nombres pudieran arrojar para el estudio de lo que fué la población en aquellos lejanos tiempos; pero algo podemos conjeturar en lo referente al estudio que vamos haciendo en apoyo de nuestra tesis de los actuales nombres de ellas.

La calle *Nueva*, la del *Barranco*, la del *Campillo*, la del *Barrizal* y *Barrio Nuevo*, indican claramente con sus nombres que son de moderna fundación, y lo que eran los lugares en que se construyeron cuando fué derribada la muralla exterior de que nos venimos ocupando.

Hallábase, pues, la población encerrada en el cinturón que dejamos marcado, siendo su núcleo principal las laderas despobladas hoy, que miran al río, alrededor de las destruidas parroquias del Salvador, la Magdalena, Santiago y San Pedro, cuando fué atacada por Mahomad II.

Lo inexpugnable de este lado del pueblo, á cuyo pie corre el Marbella por estrecho y profundo cauce, y la suave pendiente del opuesto, donde además se encontraba la *Calzada* con su puerta, y al frente anchuroso campo donde desplegar las tropas disponiéndolas para el ataque, no deja duda de que éste debió ser dirigido contra la citada puerta principalmente y contra los lienzos de muralla inmediatos al *Campillo*, alto *Barrizal* y *Albaicín*, por donde entraron los asaltantes, llegando hasta el *Coso*, donde fueron rechazados por los defensores, quemando al retirarse aquellas barriadas, que tardaron mucho en reconstruirse, especialmente el *Albaicín*, que llegó arruinado hasta época muy moderna.

(12) **La Peña de los Enamorados.**—Entre las poblaciones de Antequera y Archidona, en la provincia de Málaga, existe un encumbrado monte, que se divisa desde grandes distancias, presentando por algunas partes un acantilado, que á partir de la cima, forma un precipicio de gran profundidad.

Conócese el tajo, por la *Peña de los Enamorados*, cuyo nombre debe á una interesante y antigua tradición, muy popular en Andalucía, y que ha generalizado después en toda España el Sr. Martínez del Rincón, con el célebre cuadro que lleva el mismo nombre.

El historiador Lafuente relata así el suceso:

«Había en Granada un joven cautivo de quien su sultán hacía mucha confianza. Tenía éste una hija, la cual se enamoró del mancebo cristiano. Con el temor de que el

padre descubriese sus amores, se resolvieron los dos á fugarse de la casa y á buscar un asilo entre los parientes del esclavo. Al llegar los fugitivos al pie de aquella roca, la joven musulmana se sintió rendida de fatiga y se sentó á descansar. A los pocos momentos vieron llegar al padre, que corría desalado en busca de su hija con gente de á caballo. Turbáronse los amantes, y no sabiendo qué partido tomar, determináronse á trepar por aquellos riscos hasta ganar la altura. Dirígales el padre, desde la falda de la roca, furiosas amenazas, y amonestábales la gente de su comitiva á que descendiesen é implorasen su perdón, como único medio de templar su enojo y salvar sus vidas. Ni amenazas, ni reflexiones, ni ruegos bastaron á persuadir á los enamorados. Fueles ya preciso á los de la escolta del padre subir á la roca para apoderarse de ellos; pero el joven amante, con determinado arrojo, comenzó é descargar sobre ellos piedras, troncos de árboles y cuanto pudo haber á las manos. Vista la resistencia, buscó el padre ballesteros que de lejos les atacasen. Los jóvenes enamorados, no pudiendo salvarse de la lluvia de flechas que sobre ellos caía, y teniéndose ya por perdidos, para no sufrir la ignominia que les aguardaba, se abrazaron estrecha y fuertemente y se echaron á rodar por la peña abajo hasta caer destrozados, á los pies mismos de aquel inhumano y sañudo padre. Movié á lástima aquel triste y horrible espectáculo á todos los espectadores, y arrancó lágrimas á los mismos que habían contribuído á ponerlos en tal desesperación. Los dos amantes fueron enterrados al pie de la roca, que desde entonces se llamó *La Peña de los Enamorados*.

Con ligeras variantes, refieren este dramático suceso otros escritores, conviniendo en el fondo con lo narrado por el Sr. Lafuente, aunque suponiendo que el caballero cristiano estaba preso en una mazmorra, de donde fué sacado por la enamorada joven, en cuya forma lo refiere también la tradición granadina.

Nosotros hemos seguido para la confección de nuestro modesto trabajo, además de lo dicho por los historiadores, una narración publicada en el libro *La Alhambra*, cuyo autor desconocemos.

